



Francis Fukuyama (coord.), *La brecha entre América Latina y Estados Unidos. Determinantes políticos e institucionales del desarrollo económico*, México, Fondo de Cultura Económica/Fundación-Grupo Mayan, 2006, 355 pp.

Estamos en presencia de un libro que recopila un esfuerzo notable, por la cantidad y calidad de los participantes, sobre un asunto que es bastante complicado y, desde una perspectiva implícita en el título, urgente en virtud del alejamiento y deterioro que, por lo menos, desde el inicio de la presidencia de George W. Bush observan las relaciones de América Latina con Estados Unidos.

¿Cómo y cuándo se produjo esta brecha económica y por qué América Latina no pudo superarlo como sí lo lograron muchas naciones del Este Asiático?, es, dice Francis Fukuyama, el tema de este libro. Desde luego, la brecha económica y política entre ambas regiones —que tiende a hacerse cada vez más un foso—, no es de factura reciente; de hecho, existe cierta coincidencia general entre los autores de la presente obra en que ello ocurre luego de los procesos de independencia de América Latina, lo que tiene lógica si se considera la grave disrupción socioeconómica y política que significó la lucha armada contra España que, por cierto, no concitó en su momento el apoyo militar estadounidense a la causa independentista latinoamericana, como algunos revolucionarios de aquella época hubieran querido.

Pero primero debe comentarse que esta obra es producto de un seminario académico realizado en Buenos Aires, Argentina, en noviembre de 2005, por la Universidad Torcuato Di Tella

y la Fundación Grupo Mayan, del inquieto empresario y filántropo mexicano Daniel Chávez Morán. Participaron en este esfuerzo, compilado por el acreditado académico Francis Fukuyama, connotados historiadores y politólogos estadounidenses y sudamericanos. De México, sólo estuvo Enrique Krauze. El libro comprende introducciones que revisten interés para el lector, de Juan Pablo Nicolini, rector de la Universidad Di Tella; del ya mencionado Fukuyama, académico de la Universidad Johns Hopkins, y de Krauze. La obra se divide en tres periodos que buscan mantener cierta coherencia histórica, temporal y temática. Los capítulos y autores se encuentran distribuidos de la siguiente forma:

—El contexto histórico, en el cual se incluyen los trabajos: “Dos siglos de reflexiones sudamericanas sobre la brecha entre América Latina y Estados Unidos” (Tulio Halperin Donghi); “Mirándolos a ellos. La brecha entre México y Estados Unidos” (Enrique Krauze), y “La brecha en el desarrollo de Estados Unidos y América Latina desde la segunda mitad del siglo xx” (Jorge I. Domínguez).

—Determinantes políticos de la brecha, conformado por los ensayos: “¿Explica la política la brecha económica entre Estados Unidos y América Latina?” (Adam Przeworski y Carolina Curvale), y “El papel de la política de alto riesgo en el desarrollo de América Latina” (Riordan Roett y Francisco E. González).

—Instituciones y desarrollo en América Latina, que comprende los artículos: “El equilibrio de América Latina” (James A. Robinson); “¿Pueden las fallas institucionales explicar la brecha entre Estados Unidos y América Latina?” (Francis Fukuyama), y “La ciudadanía fiscal. Aspectos políticos e históricos” (Natalio R. Botana).

Observo de entrada, el significado de que los autores seleccionados por la Fundación Grupo Mayan, dedicada “a la promoción de la ciencia y la cultura para el bien común”, respondan a las

orientaciones académicas de las escuelas historiográficas, económicas y políticas estadounidenses, incluido en parte el propio Krauze. Sin embargo, esto no quita lo valioso al esfuerzo, ya que intentar interpretar la brecha entre Estados Unidos y América Latina conlleva al análisis de los numerosos y ricos factores que exhiben sus semejanzas, diferencias y, desde luego, pueden ayudar, no tanto a remontar la mencionada brecha, como a contribuir a descubrir efectivamente los factores sociales, culturales, políticos e institucionales que mantienen al continente latinoamericano en el atraso. Si sólo se logra este segundo objetivo, el libro está más que justificado.

Asimismo, ya que en este texto se ponderan con excelentes análisis histórico-estadísticos las numerosas diferencias que separan a las “dos Américas” —y México aparece aquí como latinoamericano, lo que a veces suele perderse de vista—, conviene señalar que todos los autores coinciden en un diagnóstico que como el rector de la Universidad Di Tella, Nicolini, se encarga de recordar, hizo furor en los años setenta con la aparición del libro *Las venas abiertas de América Latina*, en el que el escritor uruguayo Eduardo Galeano expuso magistralmente que “América Latina sigue siendo la región con la mayor desigualdad de ingresos y la menor movilidad social del mundo”, sólo superada por la región sur de África, el Sahara (p. 9). La conclusión de Nicolini es que si bien América Latina ha hecho crecer su producto interno bruto en las tres últimas décadas, la realidad demuestra que nuestro deterioro respecto a Estados Unidos ha aumentado y seguimos estancados en nuestros problemas de pobreza y desigualdad, a tal grado que Nicolini concluye que no puede “ser muy optimista con respecto al futuro de América Latina” (p. 13).

Sin embargo, el pesimismo que la mayoría de los autores demuestra en sus análisis no concluye necesariamente en la misma forma —un pesimista es un optimista bien informado,

se dice por ahí—, pues es evidente que las reflexiones arriba apuntadas tienen el objetivo, se coincida o no con el diagnóstico, de contribuir a cambiar la realidad, es decir, cerrar la brecha que, en el caso de los mexicanos, más que brecha es herida, concepción ésta que, me temo, no es sólo de “un sector de la clase media intelectual y política” mexicana, como sugiere Krauze en su análisis (p. 98).

Finalmente, de lo que se trata también en este libro es de analizar cómo cerrar la multicitada brecha en el sentido de que los países latinoamericanos puedan tener niveles de desarrollo que se acerquen a los de Estados Unidos o que, por lo menos, no se alejen más, como ha sido la tendencia en los últimos años, según lo demuestra su síntoma más evidente: el creciente flujo migratorio de trabajadores del sur al norte del continente.

La primera pregunta que salta a la vista en estos análisis parece cartesiana: ¿Por qué las “dos Américas” son tan diferentes y tan distintas en resultados? Desde luego, debe mencionarse que aquí ningún autor aborda nada parecido a aquella llamada “teoría de la dependencia” que muchos encontrarían a medias rebasada, pero que en América Latina causó furor en los años setenta y ochenta en que numerosos autores latinoamericanos, incluido el mencionado Galeano, encontraron que desarrollo y subdesarrollo eran las dos caras de una misma moneda o, en otras palabras, un problema de suma cero: lo que una región perdió de diversas formas por el colonialismo, la esclavitud, las deudas impuestas, el robo de territorios, el deterioro de los términos de intercambio, etcétera, la otra región lo había ganado.

Sin embargo, hay excelentes análisis en esta obra que demuestran que la explicación de las diferencias que provocan el contraste entre Estados Unidos y América Latina son múltiples y, desde luego, también muy lejanas de aquellas otras basadas en supuestas “superioridades” de una religión sobre otra (protestantismo *versus* catolicismo), para favorecer el desarrollo

económico y social. Lo mismo puede decirse de las falsas comparaciones sociales que encuentran en el color de la piel blanca habilidades de trabajo, disciplina, esfuerzo y organización, que no las hay en pueblos “morenos”. Fukuyama ilustra parte de estas posturas con una enunciación que a su vez recoge de Samuel Huntington: “¿Sería Estados Unidos lo que es hoy si hubiera sido colonizado en los siglos XVII y XVIII no por protestantes británicos, sino por católicos franceses, españoles o portugueses? La respuesta es *no*. En lugar de ser Estados Unidos, sería Québec, México o Brasil” (p. 236). Sin embargo, sin alargarnos en este enfoque, Fukuyama encuentra también que, si bien los factores religiosos pueden tener importancia para explicar la brecha entre las regiones, es posible que factores como la “cultura política” sean más pertinentes para explicar los resultados del desarrollo.

En fin, ya podrá imaginar el lector que por esta vía de análisis, la historia y desarrollo de las dos regiones en que está dividido el continente americano puede llevar a profundizar acerca de la raíz de muchos mitos ideológicos; de encubrimientos interesados en ocultar verdades históricas; de exhibir circunstancias que parecen atribuibles a la “naturaleza” o a dios, cuando su realidad social está perfectamente justificada a la luz de factores culturales, sociológicos o históricos. Sólo así se podrá saber si las conclusiones obtenidas por los autores se sostienen, así como sus recomendaciones para cerrar una brecha que nadie en su sano juicio aceptaría ahondar aún más, por mucho que a esta compilación se pudiera agregar una segunda, en la que autores con enfoques, digamos “más latinoamericanos”, pudieran asimismo aportar al conocimiento de las determinantes políticas e institucionales que condicionan las diferencias entre América Latina y Estados Unidos.

Debe decirse igualmente que el análisis de Krauze —como se comentó, único mexicano que participa en la obra— contiene

opiniones en general muy acertadas, como la profundidad que han alcanzado sectores culturales y académicos estadounidenses por conocer a México y un cierto llamado que hace para estimular esa línea de comportamiento que, por lo menos, es más valiosa que las simplezas tipo Hollywood sobre México, por más que también la meca del cine se ha ocupado de “lo mexicano”. Asimismo, resalta una cierta comparación que hace sobre el comportamiento de Estados Unidos, que en algunos casos de mera conveniencia apoyó reformas agrarias en Japón y Corea del Sur, mientras que en otros frenó las de México, Guatemala, Nicaragua, entre otros. Esta comparación resulta una buena perspectiva analítica para descubrir el comportamiento neurótico de Estados Unidos y qué factores internos lo explican.

Lo que en este caso no le quedó bien a Krauze son los ataques, a mi modo de ver gratuitos, a una potencia intelectual y política irreprochable, como Noam Chomsky, al que por cierto convendría incluir en una posible segunda edición de la obra que se reseña. Lo mismo sucede con sus alabanzas fuera de lugar a la mediocridad política del ex presidente Ernesto Zedillo.

Naturalmente, Fukuyama es el encargado de sintetizar algunas conclusiones sobre los factores que explican la brecha entre América Latina y Estados Unidos, sin la pretensión de llegar a conclusiones definitivas, aunque sí enunciativas, pues es evidente que existen determinadas pautas generales y específicas en el desarrollo económico del norte y sur de América que las hacen diferentes en su desarrollo. Fukuyama clasifica en tres categorías mayores los factores que sí podrían explicar la multicitada brecha de la siguiente manera:

Políticas: (ejemplo: sustitución de importaciones *versus* apertura comercial); segundo, las institucionales (los derechos de propiedad, el imperio de la ley, y las instituciones sociales destinadas a mitigar los conflictos sociales y promover acciones colectivas),

y tercero, la estructura social (entiéndase por esto las divisiones de clases, étnicas, sociales y regionales que existen en cada sociedad) (p. 327).

Desde luego, el compilador se extiende en explicaciones, como las bondades que en su momento habría supuesto para América Latina el seguimiento de los parámetros sugeridos por “el consenso de Washington”, ejemplo, según el autor, del uso de buenas políticas para combatir una serie de patologías prevalentes en muchos países latinoamericanos. De acuerdo con Fukuyama, una toma de decisión correcta en estas materias puede marcar la diferencia entre conseguir el éxito en el desarrollo de un país o varios (por ejemplo los asiáticos), o quedarse en el intento como le sucedió a nuestra región “que —concluye el académico estadounidense— no supo amoldarse a las cambiantes condiciones externas”.

En fin, la mayoría de las elaboraciones y conclusiones de este libro resultan importantes aportaciones, algunas incluso sorprendentes, como las comparaciones estadísticas de Adam Przeworski y Carolina Curvale para medir los costos económicos de acontecimientos políticos negativos en América Latina y, por ese lado, poder explicar parte del atraso y las diferencias que hay con respecto a Estados Unidos (p. 143).

Debe decirse también que nunca como en este momento está más que justificado el intento de cerrar la brecha económica que nos separa de Estados Unidos, aunque este país no sea ya forzosamente el modelo de desarrollo que deben seguir todos los latinoamericanos, como lo fue desde el siglo XVIII, para de este modo asegurar un desarrollo que incluya todas las necesidades del hombre, quien se ha visto reducido a un mero factor económico. Nada nos obliga a intentar “ser como Estados Unidos”, pero sí a superar los rezagos de pobreza y desigualdad que existen en nuestra región.

Por otro lado, la brecha entre Estados Unidos y América Latina no tiene que ver únicamente con niveles de desarrollo. Igualmente entra la cuestión política, no sólo por culpa del populismo que en esta obra se critica sin fundamento suficiente, sino por “las malas políticas” de Washington hacia América Latina, cuya máxima expresión es su pésimo conocimiento sociológico, histórico y cultural de la región que, desde luego, en esta obra se intenta compensar, al igual que su afán por que exista un libre movimiento de capitales y servicios entre las dos regiones, sin que ello signifique un libre movimiento del factor trabajo. La falta de consenso en el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) así lo demuestra.

Finalmente, la moraleja que para la diplomacia mexicana trae aparejada esta obra puede ser que la brecha que existe entre Estados Unidos y América Latina, donde la falta de conocimiento y entendimiento es recíproca, parece haberla asimismo de parte de México con respecto al resto de América Latina. Al menos así lo indican evidencias económicas y políticas que se remontan por lo menos a los últimos 12 años. Dicho de otra forma, también existe un cierto foso en las relaciones de México con aquellos que deberían ser sus socios naturales, y es que, a medida que el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) con Estados Unidos —interés económico de por medio— se fue afianzando, las relaciones y los desencuentros con diversos países del continente latinoamericano se hicieron más evidentes.

En consecuencia, hemos puesto nuestro grano de arena en la brecha que separa a Estados Unidos de América Latina, no obstante lo mucho que podemos hacer a favor del conocimiento e interés de Estados Unidos por Latinoamérica. De paso, también cavamos nuestra propia brecha con nuestros hermanos de sangre que se encuentran al sur. La diplomacia mexicana tiene ahí una tarea pendiente.

Héctor Lerín Rueda